

Un aporte a la etnohistoria

Indígenas, poderes y mediaciones en la Guajira en la transición de la Colonia a la República (1750-1850)

JOSÉ TRINIDAD POLO ACUÑA

Universidad de los Andes, Bogotá, 2012, 378 págs., il.

EN LA historiografía mexicana existe un gran movimiento que pulsa por conocer el pasado prehispánico, como el de la cultura maya, la de Oaxaca, o la de los tarascos. Grandes historiadores, entre ellos, William Taylor, Charles Gibson y Serge Gruzinski, han reconstruido ese pasado y la forma como esas culturas sobrevivieron y se adaptaron a la sociedad colonial.

En cambio, en el ámbito historiográfico colombiano, se asoma solo de vez en cuando una obra en el campo de la etnohistoria, como la de Jaime Humberto Borja *Los indios medievales de fray Pedro de Aguado. Construcción del idólatra y escritura de la historia en una crónica del siglo XVI*, de 2002; o la de María Lucía Sotomayor *Cofradías, caciques y mayordomos. Reconstrucción social y reorganización política en los pueblos de indios, siglo XVIII*, de 2005. En esta última, la autora analiza desde la historia cultural el surgimiento de cofradías y hermandades indígenas en Sogamoso, Boyacá; también la de Jorge Gamboa *El cacicazgo muisca en los posteriores a la Conquista: del si-hipkua al cacique colonial, 1537-1575*, publicada en 2010, que se inspira en la noción de cambio, de James Lockhart, en su obra *Los nahuas después de la Conquista*, dedicada al funcionamiento de la sociedad náhuatl, pero aplicado en el estudio de lo ocurrido a la sociedad muisca luego de la llegada de los conquistadores y de cómo los indígenas utilizaron las institucionales coloniales para su beneficio. Por último, la obra del historiador José Trinidad Polo Acuña, de 2012, se mueve en las ideas de resistencia y transición, que representan en sí mismas las nuevas tendencias de la investigación etnohistórica colombiana.

La etnohistoria, igual que la reflexión de la historia y de la antropología, ha dado como resultado los

trabajos mencionados. Como bien escribe Juan Manuel Zevallos en *La etnohistoria en México*, esta disciplina significa “una lectura antropológica de la documentación histórica”, lo que representa, en su criterio, un acercamiento de los antropólogos a las fuentes documentales y de los historiadores a las teorías antropológicas.

Al leer *El taller del historiador*, de Curtis, uno aprende que la obra de un historiador no solo la componen los libros, la elección de un tema, el trabajo con las fuentes documentales, sino también, la vida misma en relación con la construcción de un proyecto académico de años.

El historiador Polo Acuña ha dedicado sus esfuerzos académicos de la maestría y el doctorado en historia a la comunidad wayúu. Más aún, ha gestionado con sus estudiantes del pregrado en Historia, de la Universidad de Cartagena, la digitalización de la valiosa documentación de la Notaría Primera de Riohacha, a punto ser devorada por el polvo y el inclemente clima. Ella contiene material acerca del comercio riohachero, del puerto y de las relaciones de la sociedad riohachera con los wayúu.

Ha sido una lectura reflexiva la de José Polo Acuña de lo mejor de la etnohistoria mexicana y peruana y de consulta acuciosa, total, de los documentos de los archivos que reposan en Riohacha, Santa Marta y en el Archivo General de la Nación en Bogotá. Su labor está consignada en varios artículos y en dirección de tesis y en la creación de una línea de investigación seria, quien lo creyera, en la Universidad de Cartagena.

La obra *Indígenas, poderes y mediaciones en la Guajira en la transición de la Colonia a República (1750-1850)* está respaldada por una amplia bibliografía de carácter etnohistórico y mantiene en grandes trazos las preocupaciones de la investigación histórica sobre este territorio: la relación conflictiva de Colombia con la nación guajira, la geografía y el espacio, las rebeliones wayúu contra el poder colonial y republicano, el contrabando, el mestizaje. Sin embargo, a diferencia de sus propios trabajos acerca de La Guajira, José Polo analiza en este el proceso de *transición* de la Colonia a la República.

La obra se inicia analizando las Guajiras, como denomina el autor a la diversidad geográfica de la península, y su vínculo con los habitantes, los wayúu, quienes se relacionaron de manera desigual con la naturaleza; es decir, se trata de una antropología ecológica cuyo fin es comprender cómo la geografía de Las Guajiras se refleja en las formas de ocupación de su territorio.

Una novedad de la obra que estamos reseñando es que el autor estudia el territorio tal como los guajiros lo percibían: “un espacio que sobrepasaba la imaginaria línea fronteriza entre provincias coloniales o Estados nacionales”. Para tal fin, el investigador analiza las ricas fuentes documentales que reposan en los archivos de Maracaibo y del Archivo General de la Nación de Venezuela, en Caracas, y de esa manera aparecen en el discurso las partes venezolana y colombiana de la Guajira, que los Estados nacionales se apropiaron con sus mapas, instituciones y ejércitos. Emergen, entonces, La Guajira, Riohacha como lanza de entrada en el territorio étnico desde la Nueva Granada y la villa de Sinamaica cumpliendo igual función desde el lado de la Provincia de Maracaibo; los ríos Ranchería y Limón, Bahía Portete y Bahiahonda.

Habría que decir que una novedad de esta obra es la consulta, por primera vez, que hace un investigador colombiano de los archivos venezolanos acerca de La Guajira. El autor logra obtener, digamos, el paisaje ambiental, social y étnico sin pecar del “mal de archivo”.

Al hacer referencia al trabajo de Marta Herrera *Ordenar para controlar. Ordenamiento espacial y control político en las llanuras del Caribe y en los Andes centrales*, según el cual “el agua para los andinos era percibida como un obstáculo” (aunque los principales poblados humanos siempre se asentaron cerca de un río), José Polo destaca que en La Guajira “tanto el agua como las alturas jugaron un papel importante” en la percepción geográfica de sus habitantes. Llama la atención en este punto que, si se trataba de comprender la importancia del agua en La Guajira, es decir, del río Ranchería, ni aquí, ni en la bibliografía general, el investigador toma en cuenta el importante trabajo del

RESEÑAS		HISTORIA
<p>antropólogo Guerra Curvelo acerca de la historia de este río.</p> <p>A partir de este capítulo introductorio acerca de geografía de La Guajira, se despliegan las principales hipótesis de esta obra. Según el profesor Polo, los censos del siglo XIX y de principios del siglo XX, tanto de Venezuela como de Colombia, invisibilizaron a los wayúu u homogeneizaron a la población de La Guajira. En últimas, como instrumento político del Estado colonial y republicano, los censos solo contaban a la población reducida y controlada e ignoraban a la población de la Alta Guajira, que sin embargo constituía la mayoría. La organización de la población wayúu en el territorio estaba conformada por parcialidades; algunas de estas gozaban de caudales, estaban emparentadas entre sí y controlaban amplios territorios, como fue el caso de las gobernadas por los caciques Toribio Caporinche y Pablo Majusares, de la Alta Guajira, que comerciaban con los holandeses. Otro caso es el del cacique Arguasí, que controlaba el territorio de Sabana del Valle y Cojoro. En fin, el investigador logra determinar con cierta claridad qué parte del territorio controlan los caciques. Muchas parcialidades de la Costa controlaban puertos, otras, el negocio de las perlas y unas más, el corte del palo de tinte para negociar con los extranjeros. Dichos territorios étnicos fueron controlados por los wayúu y sus parcialidades hasta bien entrado el siglo XX, hasta cuando los Estados nacionales de Colombia y Venezuela requirieron “colombianizar” y “venezolanizar” la nación guajira.</p> <p>Existe el esfuerzo del investigador por comprender cómo funcionaban dichas parcialidades; por un lado, mediante el concepto de Lévi-Strauss de sociedades de casas y, en el caso de las parcialidades más poderosas, con el de apellido patronímico, del medievalista Georges Duby. Afirma el investigador que dichos conceptos permiten comprender cómo muchos mestizos o zambos podían ser incorporados a estos grupos indígenas, comprender el prestigio de los jefes indígenas y su capacidad de captarlos.</p> <p>Obviamente, teniendo el control de amplias zonas del territorio, las parcialidades indígenas ejercían un amplio intercambio comercial, contrabando,</p>	<p>con los holandeses e ingleses, particularmente en las zonas costeras y en la Alta Guajira. Vale la pena recordar aquí la observación del historiador económico Adolfo Meisel Roca, en su artículo publicado en <i>Cartagena de Indias en el siglo XVIII</i> (2005) refiriéndose a algo que afirmó Lance Grahn. Dijo Meisel: “el comercio ilegal domina las economías comerciales de las tres provincias caribeñas”. Pero sin mucho respaldo estadístico. De igual manera, cuando afirmamos acerca del cuantioso contrabando de La Guajira no se pasa a un análisis estadístico, ¿Cuánto representaba para la economía legal el contrabando guajiro? ¿Cómo medirlo? También sería importante relacionar los gastos militares para contener a los guajiros, con el Situado fiscal que recibían Cartagena y Santa Marta, puesto que a la Caja Real de Riohacha le urgían tales recursos, como bien lo solicitaba el pacificador Antonio de Arévalo.</p> <p>Un capítulo interesante es “Mestizaje, intermediarios étnicos y liderazgo indígena”, donde el autor analiza el proceso de mestizaje político de la sociedad indígena wayúu, cuyo centro era el pueblo de Boronata. Casos concretos de mestizajes políticos serían los de los caciques don Cecilio López Sierra, personaje a quien ya el profesor Polo le había dedicado un breve artículo. El investigador extiende su análisis a la familia del cacique Cecilio López Sierra, en particular, al presbítero Joseph López Sierra, quien tenía a cargo la iglesia de Boronata y quien había escrito un diccionario de la lengua guajira.</p> <p>Finalmente, el capítulo “La Guajira en la República” muestra las estrategias políticas, militares y comerciales desarrolladas por los Estados nacionales de Colombia y Venezuela a partir de 1830 para someter el territorio étnico wayúu, lo que les llevarían grandes esfuerzos. La Venezuela republicana retomó la vieja villa colonial de Sinamaica para reiniciar la conquista militar del territorio guajiro; aún hoy, esta población y Paraguipoa tienen la marca de haber sido territorios de avanzada militar. De igual manera, el Estado republicano colombiano retomó la destartalada ciudad colonial de Riohacha como avanzada contra el territorio guajiro; ambos Estados</p>	<p>utilizaron las viejas estrategias de entregarle dádivas a los indígenas y con ello ganarlos para su causa y de permitirles al puerto de Maracaibo y al de Riohacha negociar sal, cueros, chivos y dividivi.</p> <p>Al final de este largo proceso documentado por el profesor José Polo, uno podría ver que las políticas públicas del Estado colombiano en La Guajira se redujeron a los misioneros españoles e italianos en el siglo XX y al establecimiento de débiles instituciones trasplantadas que no lograron crear una sociedad integrada a Colombia y con una élite política moderna.</p> <p style="text-align: right;">Vladimir Daza Villar</p>